INFORMES.

I.

STUDI STORICI SUL REGNO DI S. PIO V, POR EL SR. BROGNOLI.

El libro del Sr. Brognoli, titulado *Studi Storici sul regno di S. Pio V*, de que nuestro dignísimo Director se sirvió encargarme que diera cuenta á la Academia, ofrece verdadero interés, singularmente para los que nos dedicamos al estudio de nuestra historia pátria; porque en esta obra se narran diferentes sucesos que forman parte muy principal de ella. Hasta ahora sólo se ha publicado el primer volúmen de este escrito; pero ya en él se contienen capítulos que merecen atento exámen.

El primero, despues de exponer las dos maneras de escribir la historia, segun Guillermo Prescott, y de optar por el método que atiende más á la naturaleza de los sucesos que á su órden cronológico, traza á grandes rasgos la biografía del que se llamó en el mundo Miguel Ghislieri y es venerado hoy en los altares bajo el nombre de San Pío V, una de las mayores glorias de la órden de predicadores de Santo Domingo, española por su fundador y por su historia, y que tan ilustres hijos ha contado y cuenta en nuestra patria. Despues de dar noticia de las circunstancias maravillosas de la eleccion de este Pontífice, tomadas de un manuscrito de la biblioteca Casanatense, que debe ser sin duda curiosísimo, examina el autor el estado en que se hallaba el mundo cristiano al subir Pío V al trono pontificio. Sabido es que, constituidas las naciones modernas á costa de sangrientas luchas, poco más ó ménos como lo están en la actualidad, Italia servía

de campo de batalla donde los monarcas que aspiraban á la preponderancia de Europa, y especialmente los de España y Francia, reñían aquel terrible desafío como en palenque cerrado. Por estas y otras causas, á pesar de la superioridad que en los diferentes órdenes de la vida alcanzaban los italianos, la península se encontraba en un estado de anarquía que daba lugar á que los magnates y aun los aventureros se erigiesen en crueles tiranos, atentos sólo á conservar y acrecentar los estados de que las vicisitudes de las guerras los hacían señores; valiéndose á este fin de los medios mas inícuos y reprensibles expuestos en forma metódica y casi científica por Machiavelli en su inmortal libro del Príncipe. En estas circunstancias, como dice muy bien el Sr. Brognoli, los Papas tenían que convertir muy especialmente su atencion y emplear su esfuerzo en la defensa de sus estados, no sólo para transmitirlos íntegros á sus sucesores, sino para preservarlos de la tiranía de los señores, que usurpaban la soberanía esclavizando á su pueblo; para lograr tan justos fines tenían los Papas necesidad de aliarse con los príncipes que luchaban en Italia, ya con los de Francia y con los de España, ya con los que llegaban á constituir estados en la Península, dedicando á esto la atencion preferente que el estado de las cosas pedía. Estos Papas fueron lo que pudiéramos llamar políticos, y como dice el Sr. Brognoli, sucedió entónces lo que sucede casi siempre en situaciones complicadas que tienen por base dos elementos heterogéneos, «cuando se rompe el equilibrio el uno no se desarrolla con detrimento del otro.» Por lo tanto, apenas los Papas abandonaron algo en parte su mision espiritual, las creencias y sentimientos de la fe cristiana se debilitaron y fueron objeto de directos y rudos ataques.

La protesta fué la consecuencia de aquel estado de cosas, y el Sr. Brognoli la personifica, no sin razon, en Lutero; más que motivos religiosos, causas políticas determinaron á muchos príncipes de Alemania á aceptarla y defenderla, dando orígen á las sangrientas guerras que por espacio de más de un siglo asolaron la Europa. Despues de los primeros embates de la herejía y despertando el peligro la fe en muchos corazones, se obró una enérgica y eficaz reaccion en defensa del catolicismo, y el

santo Concilio de Trento puede decirse que fué la manifestacion y al propio tiempo el impulso más poderoso de aquel gran movimiento histórico. Como resultado de él era necesario que á los Papas políticos, que á los Papas promotores de las artes y ciencias profanas sucedieran los Papas teólogos, los Papas rígidos observantes de los preceptos de la Iglesia, en lo que á lo moral se refiere; y el prototipo de estos Pontífices es sin duda San Pío V, del cual el mismo Ranke, que no puede ser en esto sospechoso, dice: «es lo cierto que los sentimientos y la conducta de este gran Papa ejercieron un inmenso influjo en sus contemporáneos y en todo el desarrollo de la Iglesia católica; despues de haber hecho tanto para provocar y extender la reforma religiosa, despues de haber expedido tantos decretos para hacerla universal, se necesitaba un Papa como éste, para que fuera, no sólo publicada, sino tambien introducida y observada en todas partes: su celo y su ejemplo fueron eficacísimos para lograr este propósito.»

Las gloriosas hazañas de los caballeros de la órden de San Juan de Jerusalen llamados vulgarmente de Malta, forman la materia del tercer capítulo del libro del Sr. Brognoli, quien despues de dar breve noticia de los orígenes de esta órden, al propio tiempo militar y religiosa, cuenta con detenimiento el triste suceso que les obligó á abandonar la isla de Rodas, donde servían de centinela avanzado de la cristiandad en medio del mismo imperio Turco, cabeza ya entónces y ejército vigorosísimo y temible del mahometismo. La lucha tenaz entre Cárlos V y Francisco I fué la ocasion de aquel fracaso, y el primero de estos Monarcas, para reparar en lo posible sus efectos, dió á los caballeros de San Juan la isla de Malta, donde tuvieron que afrontar nuevos y terribles ataques de los turcos y de sus auxiliares los moros berberiscos, dueños por entónces del Mediterráneo. Una armada turquesca, compuesta de 130 galeras reales y de un número inmenso de otras más pequeñas, con un ejército de 130.000 hombres de desembarco, anclaron en el puerto de San Márcos de la isla de Malta el 10 de marzo de 1565, empezando desde luégo los combates, que tomaron mayor incremento con la llegada de Uchali y de Dragut, terribles corsarios berberiscos. Cabrera de Córdova, en su vida de Felipe II, dedica tres largos capítulos á narrar

aquella lucha tenaz y sangrienta, que se prolongó desde mayo á setiembre, en la que ganaron á costa de sus vidas eterna gloria muchos españoles, entre ellos el capitan Miranda, que mandaba el fuerte de Sant-Ermo, de quien dice Cabrera en su estilo digno de Tácito: «Resplandeció el valor del capitan Miranda; el consejo, gobierno, provision, resistencia, pelea en todas partes, peligros, mayor furia, como excelente caudillo.» (1) Por último, el socorro llevado por el virey de Nápoles D. García de Toledo, puso fin, con la derrota y retirada del Turco, á aquella terrible lucha que había conmovido toda la cristiandad, y en la que quiso tomar parte D. Juan de Austria, desistiendo muy á su pesar de tan gallardo propósito cuando ya estaba á punto de embarcarse en Barcelona (á donde llegó despues de haberle detenido en el camino grave dolencia), por los mandatos de su hermano D. Felipe, que le amenazó con privarle de su gracia. El gran Maestre Lavaleta alcanzó en aquella ocasion eterno renombre, y Pío V, que había dado gran calor á la heróica resistencia de los caballeros de Malta, les dirigió un breve en que les tributaba elogios, tan altos como merecidos, y les exhortaba á que no abandonasen á Malta, amenazada de nuevos peligros, y para librarla de ellos se dirigió especialmente el Pontífice á Felipe II pidiéndole ayuda para los caballeros de Malta, en un notable breve dado en Roma á 8 de Diciembre de 1567, que publica el Sr. Brognoli, y que no sé si había visto antes de ahora la luz pública.

Capítulo especial, el cuarto de sus estudios, dedica el autor á Felipe II, trazando su retrato con rasgos tomados especialmente de los embajadores venecianos Tiepolo, Cavalli, Morosini y Nani. Conocidos son los diferentes juicios que han formado de este monarca los que desde su tiempo hasta el presente han escrito sobre los sucesos del siglo XVI, tan fecundo en ellos y de tan gran trascendencia para la humanidad, pues en aquella época tuvieron notable influjo los actos de Felipe II, que era el rey mas poderoso de la tierra; la pasion de partido religioso, político ó filosófico que inspiraba y aun inspira á los escritores, hacen

(1) Capítulo XIV y siguientes, libro VI.

variar en tan extensa escala los pareceres, que desde los hugonotes, que le llamaron *El Demonio del Mediodía* hasta los que en contrario sentido le presentan como el prototipo del rey cristiano, el historiador imparcial difícilmente podrá discernir la parte de justicia que pueda haber en cada juicio, aun en este tiempo de reflexion y de crítica que alcanzamos. El Sr. Brognoli, no obstante sus principios católicos, no peca de benévolo al hablar del que fué al propio tiempo espada y escudo de la Iglesia, pero no quiere esto decir que sea con él injusto; conviene, con los que mejor le han estudiado, en que era irresoluto y lento en sus determinaciones, pero reconoce que el principio soberano que guió siempre su conducta fué la defensa de la fe católica; y aun cuando en su tiempo hubo una reaccion favorable á ella, no se puede negar que, uniéndose el interés político al religioso, la lucha emprendida por Felipe II era superior á sus fuerzas; si tuvo la fortuna de no perecer en ella, es evidente que los titánicos esfuerzos que hizo España en defensa de causas, que no siempre eran suyas, la trajeron al final de aquel largo reinado al punto de decadencia que señalan, entre otros sucesos, la toma y saco de Cádiz por los ingleses y el carácter que ostentaba ya la rebelion de los Países Bajos.

El capítulo quinto de estos estudios tiene por objeto el mismo que desempeñó tan superiormente Mr. Gachard en su obra titulada *D. Cárlos y Felipe II*, y el Sr. Brognoli pone estos dos nombres por epígrafe á su trabajo, que no es más que un extracto del historiador belga, haciendo alguna vez mencion del de Mr. de Mouy, harto inferior al de Gachard, fundado, como se sabe, en documentos originales en su mayoría sacados de nuestro archivo de Simancas: esos documentos desbarataron la fábula inventada por el Abad de Monreal y propalada por Schiller, que en su famoso drama abrillantó en mal hora, con las bellezas del arte, el error y la calumnia sin que sirvan de disculpa sus creencias protestantes al historiador de la guerra de los Treinta años. Ya nadie ignora que, aunque inspire natural compasion la muerte del Príncipe D. Cárlos, por lo mismo que fué ejemplar y digna de un buen cristiano, durante su vida procedió siempre de un modo irregular y hasta criminoso; si bien es cierto que sus accio-

nes eran más propias de un insensato que de un malvado, siendo posible que se reprodujese en él la demencia de su bisabuela doña Juana, achaque de que se percibieron rasgos en otros antecesores suyos, aunque no tan marcados como en D. Cárlos, á quien, si Felipe II no trató con la dulzura de padre, tampoco puede decirse que su proceder fué de tirano, cruel y desnaturalizado, sino de monarca que supo someter sus afectos á sus altos deberes.

La rebelion de los moriscos del antiguo reino de Granada, sirve de materia á los capítulos sexto y sétimo de la obra que rápidamente examino, y aunque nada nuevo nos dice en ellos el Sr. Brognoli, que empieza su relato desde la invasion de los árabes en la península, nótase ya en esta parte de su trabajo el propósito de atribuir á la crueldad de Felipe II y de sus ministros la verdadera causa de los trastornos ocurridos bajo su reinado en diferentes partes de su reino, verdad que en esta ocasion le sirven de apoyo escritores como Mármol Carvajal y otros; pero juzgado hoy con la imparcialidad que es ya fácil por la distancia de los hechos, es imposible condenar á Felipe II, que en éste siguió, más que en otros asuntos, la política de su padre y aun la de sus bisabuelos, pues á pesar de los términos de la capitulacion de Granada, bien pronto demostró la experiencia que era imposible cumplirla, porque la coexistencia bajo un mismo cetro de dos civilizaciones tan opuestas como la cristiana y la mahometana, no podía ser duradera, y la experiencia demostraba cada día que la conversion de los moriscos era sólo aparente: no he de defender yo los medios que para conseguirla se emplearon desde los tiempos de Cisneros y por este mismo egregio estadista, pero no se ha desmentido hasta hoy que para destruir ciertas diferencias es necesario el empleo de los medios más vigorosos, y que las que existían entre cristianos y moriscos, y los peligros que encerraban para nuestra nacionalidad, apénas constituida, cuando aun dominaba en el Mediterráneo la media luna y era una terrible amenaza por la parte occidental de Europa, aconsejaban la política que tuvo por resultado la expulsion de los moriscos, por más que aquella medida contribuyera á nuestra decadencia; y en cuanto al proceder de Felipe II en el caso de la rebelion y en los demás

que en su reinado ocurrieron, no puedo ménos de recordar las palabras de Cabrera justamente al empezar á referir este suceso: «No parezca menos venerable la grandeza de este Monarca por los infortunios que mostraban ser de mortal, y baxar la estimación de la cumbre de tan inmensa grandeza.»

Fué sin duda el mayor de los que sobrevinieron á España y á su Rey el alzamiento de Flándes, convertido luégo en guerra civil interminable que desangró la Monarquía, y que no acabó sino con la emancipacion de aquellos Estados, que, si bien constituían parte de los de Felipe II, no podían serlo de la monarquía Española; pero en aquel tiempo era absolutamente imposible que el Rey dejase de defenderlos, porque lo que llamaré política patrimonial era el resultado de las ideas de la época que habían hecho prevalecer los jurisconsultos, empapados en las doctrinas del derecho romano imperatorio, que, si bien hoy no son defendibles, no se puede negar que contribuyeron eficazmente, robusteciendo el poder real, á crear las naciones modernas y á poner fin á la anarquía feudal, que tuvo convertida toda Europa en un campo de batalla hasta fines del siglo décimoquinto.

El Sr. Brognoli culpa acertadamente á Felipe II por no haber acudido en persona á sofocar en su principio el incendio que luégo abrasó toda Flándes, recordando el proceder del Emperador, su padre, que logró en 1533 aquel resultado yendo presuroso desde España, para lo que atravesó con escaso séquito la Francia, confiado noblemente en la seguridad que le dió su rival Francisco I; y aunque en efecto no cabe disculpar á Felipe II, sobre todo despues de haber prometido con repeticion y solemnemente ir á Flándes, no habrá hoy quien afirme que por eso se hubiera asegurado perpétuamente la union de aquellos estados á la Corona de Castilla. Como nota con profundo acierto Cabrera en el capítulo ántes citado, Felipe II mantuvo en paz todos aquellos estados en que no tomaron vuelo las novedades religiosas, y sabido es que en Flándes lo adquirieron muy grande; no había, pues, más medio de mantener en paz aquellos súbditos que la tolerancia; pero la tolerancia no era posible en las condiciones en que estaba España y con las de Felipe II, que le dan su carácter histórico. Aun juzgando humanamente los grandes sucesos del si-

glo XVI, no se puede desconocer que el porvenir de la humanidad y de la civilizacion exigían poner coto á la invasion del protestantismo, que por su índole había de concluir en una division infinita de creencias, y por tanto en la negacion de todos los dogmas y en la destruccion del sentimiento religioso. Para evitar esto, que á pesar de ciertas ideas hoy dominantes hubiera sido funestísimo, no había más medio que sostener enérgicamente la unidad católica, representada en la divina institucion del Pontificado, y esto es lo que hizo Felipe II á costa sin duda de la grandeza de España; pero aunque hoy se niegue, generalmente á la Nacion y al Monarca, la gloria que por esto les pertenece, en las edades futuras, y cuando la lucha que aun subsiste entre los principios, que son la esencia del catolicismo, y de la protesta, haya terminado, la historia hará justicia á España y á los Reyes que se inspiraron en sus creencias.

En efecto, la política religiosa de Felipe II fué eminentemente nacional, y para probarlo, á pesar de lo que dice Nani en su relacion (1590) acerca del descontento de los españoles, no hay sino recordar la explosion de profundo y verdadero dolor que se manifestó á su muerte, y cuando ya no podían atribuirse al temor aquellos afectos que sólo se explican admitiendo que Felipe II era la expresion fiel y exacta de las ideas y sentimientos de los españoles de su época.

Tanto cuando menos como en el Rey se encarnaban las calidades del pueblo español en el duque de Alba, á quien las invectivas de los escritores protestantes no bastarán á borrarle el nombre de *Grande* que ya le dieron sus contemporáneos, y de quien dijo Garcilaso con la intuicion profética de los vates:

> Este de la milicia, dijo el Río,
> La cumbre y señorío tendrá sólo
> Del uno al otro polo.

y más adelante añade:

> esto todo.
> Que en excesivo modo resplandece
> Tanto, que no perece ni se muestra,

Es lo que aquella diestra mano osada
Y virtud sublimada de Fernando
Acabarán entrando más los días.

En efecto; el duque de Alba, que cuando escribió Garcilaso su égloga sólo había tomado parte en la derrota memorable de los turcos que habían invadido parte del Sacro Romano Imperio, después de muerto el poeta combatió al lado del Emperador en Alemania, alcanzando señaladas victorias; peleó en África asegurando, aunque no para siempre, las conquistas de Cisneros; llevó á feliz término la brillante campaña de Italia, á que dieron lugar las diferencias entre Paulo IV y Felipe II, la no ménos gloriosa contra los rebeldes de Flándes, capitaneados por el príncipe de Orange, y coronó su admirable historia militar, cargado de años y de gloria, con la maravillosa campaña de Portugal, que realizó, desgraciadamente por poco tiempo, la unidad política de la Península Española.

Cosa inexplicable en un escritor católico, el Sr. Brognoli se muestra contrario al duque de Alba, critica acerbamente su proceder en Flándes, que no podía ser benigno, porque no se vence con la dulzura á enemigos irreconciliables, y los flamencos lo eran y no podían ménos de serlo de los católicos españoles; más justo Pío V, á quien tanto ensalza el historiador italiano, envió al duque el sombrero y el estoque benditos, alto honor que sólo se ha solido conceder á los príncipes de estirpe regia, y que era la más elocuente aprobacion del proceder del duque de Alba por el jefe de la Iglesia Católica; no juzguemos los sucesos pasados con las ideas del presente; tengamos en cuenta las circunstancias y los propósitos de los hombres de estado para apreciar sus actos, y convengamos en que, para evitar el completo triunfo de las novedades religiosas en Flandes, y mantener la sumision de aquellos Estados al poder de España, no había más medios que los empleados por el duque, aunque á la larga resultaran ineficaces; pero si se prolongó nuestro imperio en los Países Bajos hasta fines del siglo decimoséptimo, y si todavía es católica la mayoría de su poblacion, fué resultado de la política y de la ciencia militar del gran duque de Alba.

El último asunto contenido en el libro del Sr. Brognoli, que interesa á los españoles, es el célebre proceso del arzobispo de Toledo D. Fr. Bartolomé Carranza de Miranda; poco he de decir acerca de este asunto, todavía no bien dilucidado: la Academia ha recibido no há mucho una riquísima coleccion de documentos relativos á este asunto y á aquel ilustre personaje, y aunque ya los ha examinado el Sr. Menendez Pelayo, es de esperar que alguno de sus sabios individuos se consagre á estudiarlos, dando tambien su dictámen acerca de las ideas de Carranza sobre la redencion y la gracia, segun aparecen en su famoso catecismo; sabido es que el prelado fué absuelto por el Pontífice, y que murió en el seno de la Iglesia; pero cuando el protestantismo contaba en España con secuaces como Constantino Ponce, el doctor Cazalla, Juan Perez y los Valdeses, no es difícil comprender la profunda alarma que producirían en los católicos celosos las doctrinas algun tanto atrevidas del Primado de las Españas, aun sin contar la parte que pasiones ménos nobles tuvieron en la persecucion del venerable Arzobispo.

El estudio sobre María Stuardo, que termina este libro, no es de especial interés para nosotros, como no sea para demostrarnos que no eran más benignos que los católicos los Monarcas protestantes en el siglo XVI, tan lejano de la dulzura de costumbres que felizmente reina hoy en las naciones cultas, no obstante el florecimiento y brillo que alcanzaron entónces las ciencias y las artes.

Madrid 13 de Enero de 1882.—*Antonio María Fabié.*

II.

HISTORIA UNIVERSAL DE LAS COSAS DE LA NUEVA ESPAÑA, POR EL M. R. P. FR. BERNARDINO DE SAHAGUN.

En las últimas sesiones ha ocupado la atencion de nuestra Academia la importantísima obra que, entre otras suyas, dejó manuscrita el franciscano Fr. Bernardino de Sahagun, y que se